

The background of the cover is a dramatic illustration of a Space Marine in a combat environment. The Marine is wearing a green helmet with a black eagle emblem and a black respirator mask. He is holding a black assault rifle. The background is a fiery, orange and yellow explosion or battle scene. The overall tone is gritty and intense.

WARHAMMER
40,000

KRIEG

UNA NOVELA DE LOS
KORPS DE LA MUERTE

STEVE LYONS

minotauro



KRIEG

STEVE LYONS

minotauro

*Para Annie y Arthur, mis padres,
sin cuyo amor y apoyo nunca podría haber perseguido mis sueños.*

Krieg

Versión original inglesa publicada por Black Library.

Krieg © Copyright Games Workshop Limited 2021.

Krieg, GW, Games Workshop, Black Library,
The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer,
Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones,
imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes,
y el distintivo ® o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *Krieg*
Ilustración de la cubierta: Miklós Ligeti

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Mora, 2023

ISBN: 978-84-450-1705-0

Depósito legal: B. 3.495-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el

91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

949-M40

LAS CENIZAS

El planeta estaba muerto. Todos los informes lo confirmaban.

Las lecturas de los augures corrían por las pantallas y los hologramas del puente. La estratosfera del astro estaba obstruida por la contaminación. Era demasiado frío para albergar vida humana. Ninguna planta era capaz de crecer en la ceniza que cubría la superficie. Los océanos eran una sopa gélida de químicos tóxicos. Los augures no encontraron fuentes de energía construidas por los humanos.

Cada centímetro de aquel lugar era radioactivo y letal. Los cogitadores médicos chillaban la advertencia de que cualquiera que hollara su superficie sufriría una muerte agonizante y segura.

El planeta estaba muerto. Entonces, ¿cómo era posible que una nave acabara de despegar de él?

No se había oído nada de Krieg en medio milenio. Hasta el mismísimo nombre había quedado en el olvido, no solo por el paso del tiempo, sino también en parte por edicto imperial.

Pero eso había cambiado dos meses atrás. Unos astrópatas que pasaban por el Segmentum Tempestus capturaron fragmentos de un mensaje. Les llevó un tiempo y esfuerzo considerables recomponerlos y descubrir la procedencia.

La guerra civil de aquel planeta, que había comenzado quinientos años antes, había acabado. Los lealistas habían triunfado sobre los traidores secesionistas y, listos para servir al Emperador una vez más, querían eliminar de la historia de su planeta la mancha del pecado. Querían redimirse.

El mensaje se debatió en las más altas cúpulas del Administratum. Los que temían que fuera un engaño, un señuelo enviado por sus enemigos, eran de la

opinión de que un mundo como ese no era más que una sangría de recursos. Después de todo este tiempo, ¿qué podían ofrecer? Otros apuntaban que, tal y como estaba la situación, no se podía pasar por alto ningún mundo que pudiera aportar un regimiento a los ejércitos del Emperador.

Así que se envió una delegación. Un gran crucero imperial descendió hasta la órbita de Krieg. Anunció su llegada en un puñado de frecuencias distintas, a pesar de que los operadores de comunicaciones estaban convencidos de que nadie los oiría y de que estaban persiguiendo ecos astropáticos. Sin embargo, para su sorpresa, recibieron una respuesta.

La nave que despegó de la superficie de Krieg era un transporte ligero Arvus, una embarcación imperial cuyas insignias se habían borrado y en su lugar habían pintado burdamente una calavera de mirada maliciosa. Su antigüedad se veía reflejada en cada mella y arañazo del casco, y en el humo negro que salía del motor de estribor. Parecía un milagro que pudiera volar. Sin embargo, la voz proveniente del planeta les había advertido que no enviaran una lanzadera, para alivio de los tripulantes que hubieran tenido que ir en ella.

La compuerta hiperbárica se abrió con un gemido y allí estaban de pie, enmarcados por la apertura de forma circular. Eran seis, tal como se había acordado, y estaban apostados en estricta formación. La ceniza del planeta destrozado aún permanecía adherida a sus ropajes. Todos ellos llevaban un abrigo oscuro y abotonado, a través del que se distinguían las líneas de una armadura antiaérea. Un casco con pinchos, rayados y abollados, les coronaba las cabezas. Llevaban botas y guantes, y protegido cada centímetro del cuerpo, incluido el rostro. Los hombres de Krieg portaban máscaras antigás y ocultaban los ojos tras unas lentes circulares opacas. Unos tubos unían estas con respiradores, unas cajas voluminosas que llevaban en el pecho que no dejaban de chasquear y chirriar mientras analizaban el aire reciclado de la nave.

Con los ojos entrecerrados Larreth se separó del comité de bienvenida, flanqueada por su séquito personal. No detectó ninguna deformidad en las posturas de aquellos hombres. Sin embargo, había algo en ellos que la ponía nerviosa, algo en la combinación de sus cuerpos ocultos y su rígida disciplina. Las máscaras le recordaban a calaveras de ojos vacíos, como las que tenían pintarrajeadas en su nave.

El embajador Strack tragó saliva antes de sonreír y presentarse. Un coronel krieg, según el rango de la insignia de su casco, contempló la mano estirada del embajador. Acto seguido, dio un paso al frente, atravesó la apertura y la estrechó.

De camino a la sala de conferencias, Strack intentó conversar de algún tema trivial. Les dijo a sus huéspedes que había sido toda una sorpresa, al igual que un placer, saber de ellos después de tanto tiempo. Le preguntó al coronel su

nombre, ya que este aún no se había presentado, y este habló por primera vez con una voz grave y áspera como la gravilla.

—Nosotros —afirmó— somos los Korps de la Muerte de Krieg. Somos soldados del Emperador.

El coronel krieg no se sentó en la mesa de reuniones hasta que Strack se lo pidió.

Sus soldados le guardaron las espaldas, aunque no llevaban armas según habían acordado, y se quedaron mirando impasibles por encima de las cabezas de los dignatarios del Departamento Munitorum. El coronel se sentó con rigidez, con los brazos estirados a los lados, y solo hablaba con su voz rasgada cuando se le dirigía una pregunta directa.

Les confirmó que la guerra de su planeta había acabado y que la facción que él comandaba, los Korps de la Muerte de Krieg, había resultado victoriosa.

—¿Entonces eres el gobernador militar del planeta? —le preguntó un general supremo militante muy condecorado. El coronel lo había observado al entrar en la sala y le había dedicado un saludo militar al ver el Aquila Imperial en su birrete.

—Sí, señor —contestó.

—¿Y aun así solo ostentas el rango de coronel?

—Sí, señor —repitió sin dar más explicaciones.

—¿Cuál es la capacidad de combate actual de tus... Korps de la Muerte?

—Actualmente, podemos ofrecer al Emperador sesenta mil soldados entrenados, equipados y organizados en veinte regimientos.

Esta declaración fue recibida con un breve silencio de estupefacción. Al cabo de unos instantes, el general supremo militante se inclinó en su asiento.

—¿Has dicho sesenta mil? ¿Veinte regimientos?

—Listos para un despliegue inmediato, señor.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde se encuentran apostados? ¿Cómo sobreviven en estas condiciones? Eso sin hablar de...

—En el pasado, ochenta y tres regimientos nuestros servían al Astra Militarum —entonó el coronel—. Nuestra misión, nuestro deber, es igualar ese número y superarlo.

—¿Cuál es la población actual del planeta? —preguntó el general supremo militante.

—Como he dicho, señor, podemos ofrecer sesenta mil...

—Me refiero a la población total. No solo a los soldados, sino a los civiles.

—No hay población civil en Krieg —declaró el coronel.

Larreth notó que había evitado la pregunta, y no era la primera vez. Solo aportaba la información que quería dar. Se dio cuenta de la impaciencia que

se estaba extendiendo entre los de la mesa. El coronel les estaba ofreciendo un trofeo mayor del que se imaginaban.

Era hora de que ella interviniera. Se aclaró la garganta y la sala volvió a sumirse en el silencio. Cuando una cazadora de brujas hablaba, los ciudadanos leales, fuera cual fuera su rango, sabían que era mejor escuchar. Un servomotor defectuoso de su antigua armadura chirrió cuando cambió de postura.

—Puedes retirarte la máscara, coronel. —El embajador Strack había dejado caer la misma sugerencia, pero no con el tono acusatorio de Larreth.

—Los respiradores son parte de nuestros uniformes, señora.

—Por necesidad, no me cabe la menor duda. Pero en esta nave no tenéis por qué usarlos, al igual que no tendrán que hacerlo tus soldados cuando se les asignen otros mundos.

—Al contrario. Esperamos que se nos asigne a las zonas de guerra más peligrosas que existan. A mundos donde la atmósfera sea tóxica. Estamos muy acostumbrados a ese tipo de condiciones y prosperamos en ellas. Es donde mejor os podemos servir.

Los dignatarios imperiales parecían no creerse su suerte.

—Las... las condiciones de vuestro planeta... —aventuró el general supremo militante—. Imagino que debéis llevar las máscaras y los respiradores incluso cuando no estáis de servicio. Si los krieg están acostumbrados a respirar oxígeno filtrado, entonces incluso el aire de esta sala podría ser tóxico para ellos. Puede que contenga patógenos para los que no tienen inmunidad.

El coronel inclinó la cabeza para mostrar su acuerdo.

—¿O quizá hay una razón más grave por la que ocultáis vuestros rostros? —insistió la inquisidora Larreth—. ¿Os da miedo que no los aceptemos? —Alzó una mano para acallar al general antes de que este pudiera contestar de nuevo por el oficial krieg.

—Nuestro mundo pagó un precio muy alto por su traición —concedió el coronel—. La guerra nos ha pasado factura a todos. Aun así, ahora estamos aquí, más fuertes gracias a las dificultades y listos para continuar con nuestro servicio al Emperador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Larreth.

No le contestó. La inquisidora deseó poder verle la expresión o el brillo de los ojos. ¿Qué clase de ser podía albergar un mundo tan contaminado como el suyo? ¿Y quién podría sobrevivir en él sin contaminarse de la misma forma?

—Todos nos hemos presentado —continuó—. ¿Cómo te llamas?

El coronel kriegladeó levemente la cabeza.

No parecía comprender la pregunta.

DESPUÉS DE LA GRAN FISURA

LA LÍNEA

La colmena Arathron estaba perdida. En realidad, se perdió en el momento en el que la nave espacial chocó contra ella.

La destrucción había llegado sin avisar con un grito desde los cielos, como una bola de llamas vengativas. El impacto quebró las murallas de la colmena y derrumbó los cincuenta pisos residenciales convirtiéndolos en uno solo. También desencadenó una cadena de explosivos que se extendió por los edificios industriales. En esos primeros y fatídicos segundos murieron millones de personas.

La nave, un conjunto destartado de placas blindadas atornilladas a la estructura de un crucero imperial desvencijado, quedó totalmente desintegrada. Ninguna persona que fuera a bordo podría haber sobrevivido, pero de alguna forma, los orkos lo hicieron.

La gobernadora planetaria consideró que el impacto se debía a un accidente más que a un ataque deliberado, un daño colateral de la guerra que se estaba desarrollando en el Sistema Octarius. Quizá tuviera razón. Cuando se trataba de los orkos, a veces era difícil saber la diferencia. Sea como fuere, el resultado fue el mismo. La milicia local, que esperaba encontrar únicamente cuerpos desmembrados entre las ruinas, se vio desprevenida y superada.

Al regimiento cadiano que trasladaron de otro campo de batalla le fue mejor. Lucharon con sus habilidades y precisión habituales, al contrario que los invasores, salvajes y desorganizados. Y lograron mantener acorralados a los orkos durante varios días.

Si hubieran durado un día más, quizá habrían tenido alguna oportunidad.

Ven Bruin se encontraba en el último nivel cuando escuchó las noticias. Estaba conduciendo a trescientos rezagados desesperados a través de pasos estrechos en busca de la salida.

Allí abajo, la colmena parecía haber conservado su integridad estructural, aunque crujía bajo el peso de la devastación de la superficie. La mayor amenaza eran otros ciudadanos desesperados, sumidos en el pánico por la pérdida de todo lo que conocían. Muchos se habían acogido a los Poderes Ruinosos y se habían unido a las bandas callejeras, cuyo objetivo era vandalizar y aterrorizar para satisfacer sus propias necesidades egoístas.

Él llevaba dos días batallando sin descanso contra las bandas. Su mayor ventaja era su apariencia distintiva. El abrigo negro y el birrete de capitán, junto al dibujo de la calavera en la hebilla del cinturón, anunciaban su rango tan claramente como la insignia inquisitorial, que llevaba prendida sobre el corazón.

Su apariencia causaba vergüenza y miedo entre los nuevos infieles. Les recordaba que el alcance del Emperador era mayor que el de los xenos paganos. Así seguía siendo y así sería siempre. Muchos de ellos se escondían en las sombras, acobardados y entre lágrimas, arrepintiéndose de sus acciones impulsivas. A otros, ver a un cazador de brujas les provocaba una furia irracional. Esos eran los que ya no tenían remedio, habían huido demasiado tiempo.

El ataque se lanzó desde los escalones de una iglesia semiderruida. Los malhechores aprovecharon las columnas resquebrajadas y ruinosas para protegerse, quizá les gustaba el simbolismo retorcido. Un contenedor llameaba en el umbral de la puerta que tenían detrás. Algunos, que se habían hecho con rifles percutores viejos y oxidados, disparaban indiscriminadamente a la multitud despavorida.

—¡Todo el mundo al suelo! —gritó Ven Bruin, pero solo le obedecieron un puñado de los que iban a ser evacuados y los que lo hicieron se quedaron atrapados por el resto. Se abrió paso a empujones, sacó la pistola inferno y buscó un tiro limpio. Desenvainó la espada y activó la runa de la empuñadura, que cubrió la hoja de un campo de energía intensa y brillante. Por algún motivo, esto sí que hizo despejar el camino tal como quería.

Aunque tenía muchos años, los tratamientos rejuvenecedores lo habían mantenido esbelto y vital, corpulento —se enorgullecía de la imagen que daba con sus ojos centelleantes a la sombra de la visera de su birrete, y los

dientes apretados enmarcados por una barba entrecana—, pero se sentía viejo. No estaría vivo infinitamente, por eso hacía mucho que había comenzado la búsqueda de alguien que lo sucediera.

Visualizó a uno de los tiradores, era un joven desgrefado con un chaleco rasgado y los brazos al descubierto adornados con tatuajes mal escritos. Ven cuadró el objetivo conforme avanzaba en su dirección. La pistola inferno era de corto alcance, algo que generalmente le venía bien, ya que la mayor parte de sus luchas eran cara a cara.

El joven vio venir a aquel anciano abriéndose paso contra la marea y estuvo a punto de dejar caer el arma por miedo. Entonces volvió a descargar otra tanda de balas poco certeras. Ven Bruin ni siquiera se encogió cuando tres civiles cayeron desmembrados a su alrededor. Confiaba en la armadura que llevaba pegada al cuerpo y aún más en la que le otorgaba su fe, que lo mantenía a salvo. Apretó el gatillo de la pistola y disparó una corriente de aire.

El pelo del joven se prendió en llamas y el rostro se le llenó de ampollas. Su cadáver humeante se desplomó sobre los escalones de piedra. Cuando la pistola inferno carecía de alcance, lo suplía con potencia. Demasiada para un enemigo tan débil, pero dejaba claras sus intenciones.

Tres enemigos más se aproximaron a Ven Bruin por la izquierda. Tres herejes tatuados que agitaban unas cadenas por encima de sus cabezas. En ese mismo instante, vio las pústulas supurantes en el cuello de uno y la curvatura antinatural de la columna en otro. Eran mutantes, alimañas que surgían desde la subcolmena para deleitarse con el infortunio de Arathron. Entonces metió la pistola en la cartuchera y asió la espada con las dos manos. El primero de los mutantes se abalanzó sobre él chillando y se empaló a sí mismo en la hoja de la espada que los separaba. El segundo engarzó su cadena alrededor de su propia cabeza y fue pisoteado por una multitud que se mostraba ahora más asqueada que asustada. El tercer mutante, al ver el destino de sus compañeros, se mostró cauto. Su cadena restallaba como una serpiente venenosa de dos metros de largo y rebotó contra el peto del anciano. Este sacó la espada del primer mutante muerto sin la más mínima resistencia. La multitud que le rodeaba había empezado a dispersarse por lo que al fin tenía el espacio para moverse que tanto necesitaba.

La cadena volvió a latigear y Ven Bruin consiguió esquivarla al mismo tiempo que se impulsaba hacia delante. Su espada describió un arco reluciente de luz pura, que acertó en el costado izquierdo de la criatura,

por debajo de las costillas, y salió por el lado derecho. La pestilencia de la sangre mutante le llegó a las fosas nasales, pero se evaporó rápidamente. La hoja de la espada también se limpió sola.

Los tiros cesaron. La multitud se calmó un poco, aunque algunos siguieron gimoteando de miedo o de tristeza. Dos de los acólitos del anciano llegaron adonde este se encontraba y tras flanquearle examinaron, pistola en ristre, los alrededores en busca de nuevas amenazas. Su deber era proteger a su inquisidor. Ven Bruin era muy consciente de lo difícil que se lo ponía.

Había traído seis guerreros consigo, que tampoco habían perdido el tiempo, pues había otra rebelde muerta, apoyada contra una de las columnas. Otro estaba de rodillas, manipulando con torpeza un rifle atascado, cuando el interrogador Ferran subió los escalones de la iglesia y se cernió sobre él. El rebelde, sumido en el pánico, tiró el rifle y empezó a alzar las manos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas burdamente pintarrajeadas. Ferran lo ejecutó de un balazo en la sien.

—¡Seguid adelante! —rugió Ven Bruin. Levantó a un civil encogido en el suelo y le dedicó una mirada desdeñosa antes de ponerlo en marcha de un empujón—. No hay tiempo para lamerse las heridas ni llevar cuenta de los muertos. Seguid avanzando hacia el este, por allí, de forma ordenada. Si alguien impide el paso a los demás, dispararemos.

Llegó hasta los escalones y marchó con ellos. Alguien presionó un megáfono contra su mano y él se lo llevó a los labios. Repitió las órdenes y añadió cómo se llegaba a la salida, pues era probable que nadie de los que se encontraban allí hubiera salido nunca de la colmena. Envío a sus acólitos a la retaguardia a guiar, proteger y motivar a los ciudadanos, pero le pidió por señas a Ferran que se apartara.

—Hay más por ahí —le dijo Ferran en cuanto consiguieron algo de privacidad—. Herejes. Mutantes. He visto una sombra tras las ventanas de la iglesia. No me gusta dejarlos atrás y permitir que profanen un sitio sagrado.

—¿Es que no has oído los informes? —le preguntó el inquisidor.

—Sí. Los cadianos rendirán Arathron hoy y se la cederán a los xenos, que el Emperador los maldiga —el interrogador curvó los labios y juntó las cejas oscuras y pobladas para darle énfasis al asco que sentía por este acontecimiento.

—Era de esperar —dijo el anciano con ecuanimidad—. El combate anterior dejó sus ejércitos muy mermados. Han aguantado más de lo que esperábamos —se permitió soltar un suspiro—, aunque no tanto como rogábamos para que no lo consiguieran.

—¿Y nuestra misión aquí, inquisidor? ¿Seguimos adelante?

—Si estuviéramos más cerca, podríamos intentarlo.

—Los xenos aún pueden tardar días en llegar a esta profundidad.

—Puede que estén más cerca de lo que creemos. Si no sucede antes de que alcancemos nuestro objetivo, sin duda, será antes de que podamos hacer algo al respecto. Podríamos incluso llevarlos nosotros hasta allí. No, lo mejor es que los secretos de la colmena Arathron permanezcan ocultos. Tanto como sea posible.

—Aunque los xenos no los encuentren, puede que los herejes sí.

—Si el Emperador está con nosotros, estarán demasiado ocupados peleándose entre sí.

—Entonces, no queda más que seguir rezando —se quejó el interrogador.

Desembocaron en una apertura ancha en la base de la colmena. Allí encontraron el resplandor del sol, que se alzaba en lo alto del cielo del este que tenían ante ellos. Algunos de los soldados de Ven Bruin se toparon con una luz tan brillante que se estremecieron y se quejaron de que les quemaba los ojos.

Se les unieron miles de evacuados más que se arremolinaban desconcertados. Los soldados de la milicia reservista, diferenciados por la banda que llevaban en el brazo, se esforzaban sin éxito por dirigirlos hacia el norte. Otra colmena se agrupaba en el horizonte lejano, a unos ciento sesenta kilómetros, según calculó Ven Bruin.

El terreno baldío estaba marcado por las huellas recientes de vehículos, pero quedaban pocos ya. Se produjeron altercados junto a un par de camiones. La gente se aferraba al chasis y golpeaba suplicante en las ventanillas, hasta tal punto que, aunque el motor rugía y los tubos de escape humeaban, las ruedas no avanzaban.

A sus espaldas, la colmena Arathron se cubría con una niebla que generaba ella misma. Un humo negro se colaba desde los pisos superiores, a kilómetros de altura, por donde los pilotos sobrevolaban como insectos desorientados. Las carreteras periféricas también bullían como insectos, atestadas de los vehículos en los que se batían en retirada los cadianos. Según los informes que llegaban por el vox, estos se habían replegado a los cien pisos inferiores, colapsando los puntos de acceso estratégicos para ralentizar a sus perseguidores.

Ven Bruin tomó de nuevo el megáfono y ordenó a las masas que se dispersaran, que dejaran espacio para los que venían detrás. Les prometió que habían enviado vehículos para recogerlos, aunque sabía que nunca serían suficientes.

Los xenos que se habían colado en la colmena habían encontrado un cañón. Era cuestión de tiempo. Los cadianos habían ido destruyendo su armamento conforme se marchaban, pero los orkos eran conocidos por hacer funcionar hasta las armas más desbaratadas. Los informes, emitidos ya sin aliento, se superponían los unos a los otros en el auricular del inquisidor. proyectiles explosivos estaban impactando en la base oeste de la colmena, asesinando a cientos de víctimas.

Ven Bruin sabía ya que la mayoría de la gente que le rodeaba estaba condenada.

Pidió transporte, que llegó en menos de un minuto. La esperanza se abrió paso entre la multitud cuando una nave empezó a descender entre ellos. Tras varios empujones de los reservistas, se apartaron lo suficiente para dejar que aterrizara, prácticamente a los pies del inquisidor. La esperanza se convirtió en resentimiento cuando comprendieron que no había venido a por ellos. Sin embargo, acallaron sus objeciones al instante en cuanto vieron la mirada feroz del cazador de brujas y los disparos de advertencia de sus guerreros.

Este se detuvo con un pie en la rampa de embarque, pues algo le hizo alzar la vista. Entonces vio unas marcas de luz en el cielo despejado y un segundo después sonó el zumbido de unos motores espaciales. Los civiles también lo vieron y lo oyeron, preguntándose qué sería. Ven Bruin lo sabía, al igual que Ferran.

—Nuestros refuerzos —masculló el segundo al ver que las estelas confluían en la colmena del norte.

—La muerte llega justo a tiempo —dijo el inquisidor.

El interrogador frunció el ceño.

—Demasiado tarde —añadió desolado.

Se estableció un nuevo cuartel general en la superficie.

Se encontraba a dieciséis kilómetros al este de Arathron, más allá del alcance de los cañones. El personal de apoyo cadiano y los reclutas jóvenes sin formación fueron los últimos en reunirse en las tiendas prefabricadas. También llegaron los primeros Centaur y Chimera, de los que desembarcaron soldados cansados. Algunos fueron llevados a la tienda que hacía las veces de hospital. Otros se dirigieron al comedor, donde ya se estaban sirviendo porciones de comida. Se levantaron tiendas por todas partes.

El coronel Drakon, comandante del 432.º Regimiento cadiano, se sentó en su nuevo escritorio. Un servidor le sirvió amasec, tanto a él como a sus

invitados. Este expresó su sorpresa al oír la petición de Ven Bruin, que quería un cuartel para él y su comitiva.

—¿Deduzco entonces que tienes algo más que hacer aquí? —preguntó.

—Así es, sí —respondió el inquisidor con los labios fruncidos.

—He oído que hubo un... problema con el gobernador antes de que falleciera. Mis súbditos no saben nada del tema, claro, pero si podemos ayudar de alguna forma...

—En estos momentos no.

El coronel se reclinó en el asiento y dio un largo sorbo de su copa. La presencia del inquisidor le preocupaba, pero sabía que era mejor no presionar demasiado para obtener información. Hubiera sido distinto si este sirviera en el Ordo Xenos. El Ordo Hereticus existía para perseguir la traición humana y los únicos humanos que había ahora allí eran las tropas de choque del propio coronel.

Ven Bruin podría haberlo calmado, pero eligió no hacerlo. No venía mal que recordara que los ojos del Emperador siempre estaban vigilantes.

—Por lo que he oído, tenemos que unirnos a un regimiento krieg —dijo el interrogador Ferran.

—Eso creo —respondió Drakon.

—A los infames Korps de la Muerte.

—Unos luchadores excepcionales —comentó el inquisidor dando su aprobación—. Me he topado con ellos en varias ocasiones. Su mundo siempre está en guerra. Lo único que exportan son soldados, ya que están entrenados desde que nacen para ello. Les han inculcado un sentido soberbio del compromiso.

—En mi planeta también se hacía lo mismo —pronunció el coronel cadiano con una leve rigidez.

—Entiendo que has dictado nuevas órdenes —intervino Ferran—. ¿Para reconquistar la colmena?

Drakon negó con la cabeza.

—Para erradicar toda huella de xenos de este mundo, aunque eso signifique arrasar con la colmena Arathron en el proceso.

El inquisidor inclinó la cabeza para que sus ojos se mantuvieran a la sombra del birrete de capitán.

—Este planeta es un enclave crucial en el cordón de este sistema —explicó el coronel—. No puede ni debe caer. La línea se establece aquí.

A Ven Bruin no le sorprendió oír eso. La guerra de Octarius llevaba años activa. Las maquinaciones imperiales habían empujado a un imperio orko en expansión contra una flota colmena tiránida con la esperanza de

que se destruyeran mutuamente. En su lugar, ambos contrincantes habían resurgido más fuertes del conflicto. La flota colmena se había alimentado de la biomasa de mil millones de enemigos. Los orkos se habían multiplicado y se habían hecho más fuertes, ya que habían llegado millones desde todos los rincones de la galaxia. La guerra se estaba expandiendo y los efectos colaterales recaían en planetas fronterizos como este. Algunos ya habían sufrido el golpe final.

Esos mundos habían acabado destruidos para mantener contenidas las hordas xenos.

La primera muestra de que se acercaban los krieg fue una nube de polvo en el horizonte.

La sargento Renick la vio cuando estaba sentada en el suelo afuera de la tienda-hospital mientras esperaba su turno. Sus heridas eran más leves que las de la mayoría, apenas unos cortes y moratones, pero ya había gastado su última dosis de estimulantes. No había tenido otra opción tras dieciséis horas defendiendo una barricada temporal de un ataque tras otro de los orkos sin la esperanza de que llegaran relevos. Según la normativa, tenían que examinarla para ver los efectos secundarios.

También quería reponer los estimulantes, claro.

Pero en ese momento, lo único que sentía era cansancio. Perdió la batalla por mantener los párpados abiertos y lo siguiente que supo fue que la despertaba un sonido que parecía el zumbido de millones de abejas. Sacudió la cabeza y se puso en pie con torpeza, reprendiéndose por su debilidad. Se sacudió el uniforme color caqui y se calzó el casco sobre el cabello negro de punta. Luego, se ató el barbiquejo con tanta fuerza que se le clavó en la piel.

La cola que tenía delante se había disipado, las temperaturas habían bajado y aquella nube de polvo se había acercado. Entre la niebla se distinguían unas formas achaparradas y angulares y el zumbido se había convertido en el rugir de unos motores pesados.

Entró y salió de la tienda en menos de tres minutos, y se reunió con sus compañeros cadianos en el exterior de sus tiendas, bajo el cielo rojo sanguinolento del atardecer, mientras los primeros vehículos blindados llegaban al campamento y se detenían con un estremecimiento.

El resto del convoy, de más de un kilómetro y medio de largo y casi lo mismo de ancho, se dispersó en busca de terrenos en los que aparcar. Una veintena de Gorgon se entremezclaban con pequeños Trojan cargados con suministros y remolcando unos cañones, conocidos como

«Earthshaker», sobre plataformas. Los tanques Leman Russ se alzaban tan ubicuos como siempre, sobre todo los de la categoría de Asedio Demolisher. Renick también vio un par de Baneblade y otros vehículos que no consiguió identificar.

La mayoría de los tanques estaban adaptados con rieles para zanjas, cuchillas de buldócer y sistemas de oxígeno para los entornos indómitos en los que solían funcionar. Los chasis estaban decorados con vinilos rasgados y descoloridos que mostraban calaveras de sonrisas lascivas y cascos de púas, que los identificaban como el 43.º Regimiento de asedio krieg.

Lo más sorprendente de todo, lo que tenía a los soldados avisándose y señalando atónitos, era una falange de caballos enmascarados y blindados de la misma forma que los jinetes que los montaban. Seguían el mismo ritmo que el convoy desde el puerto de la colmena norte y no parecían cansados. La sargento se maravilló por su resistencia.

Los soldados krieg salieron como hormigas de sus transportes y se bajaron de las monturas. Se pusieron manos a la obra de inmediato, desempacando el equipamiento. El sonido de los motores se acalló y fue sustituido por el traqueteo de la actividad sin descanso, aunque por encima de todo, lo que destacaba de una forma siniestra era la ausencia prácticamente absoluta de voces. Al parecer, los soldados krieg requerían escasas instrucciones y solo conversaban entre ellos cuando era absolutamente necesario.

Los testigos tampoco parecían decidirse a romper el silencio. La sargento Renick supuso que la mayoría se sentía igual que ella: una combinación confusa entre el alivio de que por fin hubieran llegado los refuerzos y la vergüenza de que los necesitaran tanto. Desde la caída de su planeta, este regimiento cadiano había sentido que tenía más que demostrar que nunca.

Una lanzadera Aquila barrió el oscuro firmamento con las alas extendidas con orgullo, como el animal por el que se le puso el nombre. El coronel Drakon salió del cuartel ataviado con un uniforme de color verde oliva y su séquito se dispuso alrededor de él. Renick vio cómo el cazador de brujas —no sabía su nombre, pero todo el mundo estaba pendiente de sus movimientos— se sumaba a la comitiva.

El comandante del 43.º Regimiento descendió por la rampa de embarque y sus soldados formaron a su espalda. Miró la mano extendida de Drakon desconcertado antes de tomarla. Este se presentó, pero el coronel krieg no dijo su nombre.

La máscara y el abrigo que llevaba eran los mismos que los de sus soldados, quizá algo menos polvorientos. Las hombreras trenzadas y la calavera alada tallada en el casco eran los únicos indicadores de su rango, excepto por un peto

de bronce y un sable de una artesanía más destacable. El peto no contaba con espacio suficiente en el pecho para albergar el respirador, así que la manguera de la máscara del coronel le serpenteaba sobre el hombro hasta un cilindro que se asomaba por encima de la parte superior de su generador dorsal.

—Si no te importa acudir a la sala de guerra —dijo Drakon—, allí podré ponerte al tanto de cómo está la situación y te explicaré las tácticas que pretendemos emprender contra...

—Ya me han informado —le interrumpió el coronel krieg bruscamente—, y ya he trazado el plan que vamos a seguir.

El primero frunció el ceño.

—Con todos los respetos —empezó a decir—, me conozco el terreno y...

—Quizá los altos mandos no te hayan puesto al día. Me han entregado el control operativo de todas las fuerzas militares de este planeta con efecto inmediato.

—No se me ha informado de tal cosa —replicó el mando cadiano con desaprobación.

—Según tengo entendido, has rendido Arathron.

Las palabras del krieg no estaban marcadas por un tono acusatorio, pero aun así, Renick, que estaba observando, se sintió enfurecer. Drakon tampoco estaba contento.

—Ninguna unidad podría haber resistido más de lo que lo hicimos —señaló con razón—, contra toda probabilidad.

—Esto cambia los parámetros de la misión. Los orkos controlan las defensas de la colmena —continuó el krieg como si su interlocutor no hubiera dicho nada, cortando la protesta que se estaba formando en la garganta de Drakon al añadir—: Por muy comprometidas que puedan estar. Nos enfrentamos a un asedio. Mi regimiento es especialista en asedios. También comando un gran número de hombres, cinco mil en vez de tus... ¿De cuántos efectivos dispones actualmente?

—En esta región, mil ochocientos —reconoció el cadiano a regañadientes—. Los ordinales siguen contando las bajas. Deja que te guíe a la sala de guerra.

Drakon volvió sobre sus talones y ambos coroneles se alejaron, seguidos de sus respectivos séquitos. Tras marcharse, las tropas cadianas se dispersaron. La mayoría entraron a sus tiendas para pasar la noche, pero Renick tuvo la impresión de que pocos se fueron a dormir, sino que permanecieron despiertos parloteando sobre los recién llegados entre susurros resentidos.

La sargento se deslizó en su saco de dormir y dejó que este abrazara sus huesos y músculos maltratados. Solo se despertó una vez, justo antes del

amanecer, y oyó que los krieg seguían trabajando en el exterior. Sintió una extraña sensación al darse cuenta de que no había estado soñando con alienígenas salvajes, sino con aquellas máscaras de ojos vacíos y tubos de respiración. Contuvo un escalofrío.

A la mañana siguiente, el campamento había doblado su tamaño.

Los krieg habían construido cabañas y levantado tiendas, aunque pocas de estas últimas. Los Korps de la Muerte, el equivalente a las tropas habituales, habían hecho la mayor parte del trabajo. El personal de apoyo era escaso y parecía provenir de otros planetas; eran fáciles de distinguir de los nativos krieg. A esa distancia de las colmenas, el ambiente tenía una leve neblina tóxica, pero el aire estaba bastante limpio, así que mantuvieron las máscaras respiratorias colgando del cuello.

Tanto los soldados krieg como los cadianos mantuvieron las distancias. Cada ejército tenía su propio comedor y letrinas, por lo que no tenían por qué relacionarse demasiado.

—Algunos fuimos a su campamento para presentarnos —le confió un teniente cadiano al sargento—, pero fue imposible. Respondieron a nuestras preguntas, fueron educados, pero apenas logramos sacarles unas cuantas sílabas.

Surgió una pelea entre uno de los recién llegados y un integrante del escuadrón de Renick, aunque en realidad, era algo más bien unilateral: el soldado Rask estaba gritando con la cara roja mientras el krieg lo contemplaba impasible. Cuando aquel le dio un empujón agresivo al soldado de los Korps de la Muerte, Renick intervino en la refriega.

—Se creen mejores que nosotros, sargento —se quejó el soldado—. Demasiado como para devolvernos el saludo.

El sargento lo puso en su sitio y le impuso un castigo. No permitiría que unos desconocidos pensaran que sus soldados carecían de disciplina.

Puso fin al asunto entrenando con su escuadrón lo que quedaba de mañana. Los demás sargentos no tardaron en hacer lo mismo. Como siempre, los cadianos se enorgullecían de sus maniobras, sobre todo si tenían audiencia y creían que tenían algo que demostrar. Aun así, Renick supo que haría falta algo más que eso para arreglar la moral rota de los soldados.

Ven Bruin se dio un paseo por el campamento para reflexionar e invitó a Ferran consigo.

Se detuvieron para admirar los dos Baneblade que se cernían sobre ellos. Resplandecientes en caqui y negro, parecían una fortaleza móvil

más que un vehículo. Dos soldados de los Korps de la Muerte trepaban por el casco de cada uno de los tanques con jarras de aceite y llaves inglesas para hacer el mantenimiento del arsenal de armas pesadas con el que contaban. Apenas prestaron atención a los cazadores de brujas, pero tampoco mostraron tenerles ningún miedo.

—Los krieg me perturban —confesó el interrogador Ferran.

—¿Y eso? —le preguntó Ven Bruin.

—Paré a cuatro soldados aleatorios y les hice unas preguntas.

—¿Y sus respuestas no te parecieron satisfactorias?

—Al contrario. Sus respuestas fueron sucintas, no dijeron más que lo necesario. Profesan su fe en el Emperador y sienten vergüenza por las trasgresiones que cometió su pueblo en el pasado. Todos usan las mismas palabras, como si se las hubieran aprendido de memoria. Dijiste que tú habías conocido a los krieg, ¿no, inquisidor?

—Supongo que tanto como cualquier otro —objetó Ven Bruin.

—Estoy orgulloso de mi habilidad para leer la culpa en el rostro de los herejes —dijo Ferran—. Puedo verla en sus ojos, en las muecas de sus rostros, en cómo ladean la cabeza o cómo se sujetan las manos. Pero soy incapaz de interpretar la actitud de estos hombres, y no se debe únicamente a las máscaras que llevan.

El inquisidor miró a su subordinado con los ojos entrecerrados mientras pensaba. Ferran era menudo y musculoso. Su cabeza redonda, calva y de piel oscura se veía pequeña encajada en aquel cuello alto propio de su puesto. Era un hombre carente de imaginación, monotemático, desconsiderado, inflexible... todas las cualidades que más valoraban en el Ordo Hereticus. Hacía años que formaba parte del séquito de Ven Bruin y era el candidato actual a su sucesión. Los Korps de la Muerte de Krieg lo pondrían a prueba.

El inquisidor detuvo a un comisario sin máscara que pasaba de largo y que lo había visto demasiado tarde como para cambiar de ruta sin que fuera evidente.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo a los krieg? —preguntó con educación.

—Seis años y medio —respondió el comisario.

—Tiempo de sobra para conformar una opinión sobre ellos. En general.

—Son... —el comisario se calló para considerar sus palabras—. Según tengo entendido, los regimientos que provienen de su planeta tienen la tasa de desertión más baja de todo el Astra Militarum.

—Eso he oído —coincidió Ven Bruin.

—Cuentan con una moral inquebrantablemente alta y, en el tiempo que llevo asignado a este regimiento, he registrado muy pocas faltas dis-

ciplinarias. Me aventuraría a decir, de hecho, que los krieg no requieren ningún comisario, al menos en el sentido tradicional. En todo caso, mi papel se basa en controlar su fervor de vez en cuando. Eso y actuar de intermediario para esa parte más... humana, por así decirlo.

—¿Alguna vez has visto sus rostros? —le preguntó Ferran.

—Nunca.

El interrogador alzó una ceja poblada.

—¿A ninguno?

—Son soldados. Sus máscaras forman parte del uniforme y nunca están fuera de servicio.

—Gracias —dijo Ven Bruin—. Eso es todo.

El comisario intentó no parecer demasiado aliviado al marcharse deprisa.

El inquisidor contempló otro vehículo blindado: una monstruosidad de difícil maniobra, de aspecto antiguo, que no era más que un cañón anclado sobre un par de ruedas de oruga. Era conocedor de que, durante la guerra que duró siglos y alejados del resto del Imperio, los krieg se habían visto obligados a improvisar.

—Los krieg son famosos por la devoción extrema que sienten por su deber —le recordó a Ferran—. Si se les encomienda una misión, la llevarán a cabo sin descanso. No soy tan viejo como para haber sido testigo de la campaña de Vraks Prime, pero un ejército de Korps de la Muerte mantuvo el asedio al planeta durante diecisiete años terrícolas que se llevaron por delante catorce millones de vidas.

—No tenemos tanto tiempo, señor, ni tantas vidas a nuestro alcance.

—No —coincidió Ven Bruin en tono grave—, no tenemos.

—En cuanto los orkos pongan un pie en la superficie...

Ferran no tuvo que añadir más. Los dos cazadores de brujas conocían de buena mano la naturaleza de los orkos. Sabían lo rápido que podía extenderse una invasión de esos salvajes fecundos. También eran conscientes de que el Departamento Munitorum se estaba preparando para esa misma contingencia. Los informes ya hablaban de planes de evacuación, no para una colmena, sino para el planeta entero.

La gobernadora planetaria había accedido al gobierno tres semanas antes y ya estaba escribiendo listas de sus ciudadanos más valiosos, los pocos que podría salvar.

Los oficiales krieg salieron de la cabaña que hacía las veces de sala de guerra. Reunieron a sus tropas y las trasladaron separadas por pelotones mientras consultaban mapas en pizarras de datos. Los Korps de la Muerte marcharon

hasta que prácticamente desaparecieron de la vista. Acto seguido, sacaron herramientas de excavación de sus petates y comenzaron a cavar.

El trueno llegó una hora después. Los orkos se habían asomado desde la colmena capturada y, al ver que la superficie bullía de personas atareadas, decidieron seguir lo que les decía el instinto cada vez que veían a algún ser que no era como ellos e intentaron destruirlos.

Comenzó con el rugido entrecortado de un único cañón. Unos minutos después, se le unió un segundo, seguido rápidamente de un tercero y, luego, un cuarto. Al cabo de una hora, un entramado de luces pirotécnicas iluminó los edificios distantes. La mayoría de los proyectiles no llegaban a sus objetivos, solo generaban tormentas de polvo desmesuradas por la llanura y hacían temblar la tierra. Los krieg desaparecieron en sus trincheras a medio excavar y siguieron trabajando.

Mientras tanto, seis Centaur cadianos salieron de prisa de la zona que ya se conocía como «tierra de nadie» de donde habían estado sacando refugiados. Un proyectil de los cañones orkos acertó en las ruedas de oruga y obligó a la tripulación y a los pasajeros desconcertados a abandonar el vehículo.

Los refugiados habían ido llegando al campamento a lo largo de toda la mañana. Una empalizada los mantenía a salvo. La intención era trasladarlos a otra colmena, pero no hasta que necesitaran un nuevo convoy de suministros. Los intendentos krieg no estaban dispuestos a desperdiciar combustible en un viaje de ida y vuelta.

—No disponemos de efectivos suficientes para rodear la colmena —explicó el coronel krieg en la sala de guerra— y el tiempo es esencial. Tenemos que centrarnos en nuestro asalto en un lado, este lado, el del este, donde aterrizó la nave espacial y hay daños estructurales.

El coronel Drakon frunció el ceño mientras contemplaba el hololito táctico.

—¿Quieres dejar desatendido el perímetro oeste? ¿Y dejar que los xenos tengan una vía de escape?

—Los orkos no se baten en retirada —replicó el coronel krieg.

—No, pero se aburren con facilidad, y podrían salir corriendo en busca de nuevas oportunidades de generar el caos. Si una sola manada llega a otra colmena...

—Entonces, debemos asegurarnos de no aburrirlos. Deben saber que estamos aquí, que somos fuertes y estamos listos para la batalla. Eso llamará su atención.

—Mantendré un par de helicópteros Vulture en el aire —decidió Drakon— para bombardear a cualquiera que escape e intente cruzar la llanura.

El coronel krieg asintió.

—Como desees.

Ferran cenó con un acólito de la profesión en una esquina tranquila del comedor cadiano. Majellus era un cruzado de rostro taciturno, entrenado por el Adeptus Ministorum. Era callado pero observador, un hombre de pocas palabras, por lo que Ferran confiaba en su discreción.

—He pedido ver el informe de la inquisidora Larreth sobre los Korps de la Muerte —dijo en tono conspirador. Era evidente que Majellus conocía el nombre—. Estaba en la delegación que visitó el planeta Krieg cuando terminó la guerra. Fue ella la que pidió que los readmitieran en el Imperio. Quizá hasta la fecha, suyos fueron los primeros pies, los únicos pies humanos que caminaron sobre esa superficie devastada.

Majellus alzó una ceja inquisitiva.

—Su informe, o al menos la versión que me enseñaron a mí, fue censurado —Ferran frunció el ceño—. Habla más del pasado de los krieg que del presente. Ven Bruin me cuenta lo que cree que necesito saber y me oculta la auténtica verdad. Dice que confía en mí. Dice que, algún día no muy lejano, heredaré su puesto, pero me trata como a un novato.

El cruzado gruñó como si quisiera darle la razón.

Ferran suspiró con frustración y se reclinó en su asiento. Recordó las palabras que había escuchado de los labios de la imagen hololítica de Larreth, hacía apenas unas horas.

—¿Sabías que el nombre «krieg» significa «guerra» en un idioma antiguo? Nadie sabe por qué. Sin embargo, era uno de los pocos planetas de la galaxia que no había sufrido ninguna guerra.

—Puede que fuera una advertencia —masculló Majellus.

—Si lo era, fue ignorada. Krieg era un mundo colmena de una capacidad industrial vastísima. Por supuesto, pagaban los diezmos correspondientes. Muchos regimientos del Astra Militarum se financiaron con ese dinero. El Departamento Munitorum pidió que se aumentaran, pero los gobernantes krieg se negaron. Creyeron que la paz en su mundo duraría para siempre. ¡Menuda arrogancia!

—¿Cómo es posible que no se detectara y se actuara en consecuencia?

—Ni siquiera nuestros ojos pueden estar en todas partes a la vez —expresó Ferran sabiamente—, por mucho que nos guste profesar lo contrario, y fue entre los gobernantes y no entre los ciudadanos donde se enraizó la herejía. Porque fue alimentada por el gobernador, cuyo nombre no podría decírtelo ni aunque lo supiera.

Al ver la sorpresa en los ojos de su compañero asintió.

—Un edicto de erradicación. Se eliminó todo registro de su existencia por decreto imperial.

Majellus profirió un gruñido de aprobación.

—Aun así, podemos discernir los restos de sus hazañas en la desafortunada historia de su planeta. Están reflejadas en las acciones de los héroes que se alzaron en su contra, y en las de un soldado en concreto. Su nombre es bien conocido, ya que allí lo siguen venerando incluso a día de hoy.

—¿Quién era? —preguntó el cruzado.

—La delegación de Larreth se topó con el nuevo gobernador de los krieg. Un coronel. Ahora hay generales entre ellos y algunos oficiales de alto rango, pero solo porque insistieron los de arriba. Sospecho que en su planeta sigue gobernando un coronel. El salvador de Krieg se ganó ese rango en el Astra Militarum y no quiso ningún otro.

—¿Quién era? —volvió a preguntar su interlocutor.

—El comandante del 83.º Regimiento de Krieg —respondió Ferran revelando una insólita admiración—, quien incluso entonces era reconocido como uno de los batallones más disciplinados y efectivos del Imperio. Un hombre que se negó a arrodillarse cuando todo su planeta se volvió en su contra. Un hombre que hizo el mayor de los sacrificios en nombre de su fe inquebrantable.

»Se llamaba Jurten.